

Carlos Fenoll Felices, uno de los componentes de la “Escuela de Orihuela”, nace en Oleza en 1912. Residió durante muchos años en Barcelona —donde moriría en diciembre de 1972— bastante alejado del mundanal ruido de la poesía.

Le unió a Miguel Hernández la vocación lírica, pero también la humildad de la condición social de procedencia. Sus relaciones amistosas y literarias con Miguel han sido copiosamente narradas ya por plumas más autorizadas que la mía (1), aunque añadiremos más adelante algunos detalles. Baste consignar ahora que si en la conocida “tertulia del horno” aquella amistad se fortaleció con la conversación diaria, el tiempo se iba a encargar después de deshacer, con trágicos sucesos, la vieja compañía creadora. “Mi último encuentro con Miguel —me explicaba Carlos Fenoll, a quien visité un par de veces en su domicilio de Barcelona—, fue ocasional”. En aquella entrevista (un día de 1936), Hernández le entregó unos poemas, en concreto ocho sonetos (2), para que Carlos los insertara en la revista “Silbo”, que dirigía el panadero-

(1) Véase por ejemplo MANUEL MOLINA, *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela*, El Guadalhorce, Málaga, 1969.

(2) Cinco de estos ocho sonetos (“Dichoso el campesino, que ara y lanza”; “¿Quién no ve la presencia de un testigo?”; “De amor penadas se alican las flores”; “¡La luz, la luz, la luz en la montaña!”; “Sólo faltaba el aire de este día”) fueron publicados en España dentro de MIGUEL HERNANDEZ, *Poesía*, comentado por Jacinto Luis Guereña, Narcea, Madrid, 1973. Ignoro si los restantes (“Propósito de espuma y ángel eres”; “¿Cómo te has atrevido, azahar, a tanto?”; “¡Qué femenino y triste está el asunto!”), cuyos títulos y contenido conocí por Carlos Fenoll, se han dado a la publicidad.

poeta, o mejor el poeta-panadero, en colaboración con Gabriel Sijé. Los versos de Miguel —composiciones que su autor no estimó suficientemente dignas de figurar en “El rayo que no cesa”— no llegaron a ver la luz en las páginas donde debían aparecer. Los imponderables de la guerra civil lo impidieron.

Carlos Fenoll cantó, en un principio, la juventud sonriente y esplendorosa, el mundo huertano, los pajarillos y suaves aires, el amor y a la mujer. Pero con el paso de los años (aunque sin abandonar nunca sus estrofas una notable perfección formal, constante sello de los principales autores levantinos) la tendencia indeclinable de su temperamento y las circunstancias adversas (3) cargaron sus poemas de dolor, de la bruma y del hastío del acontecer diario, en cuya enramada vital ya sólo en cálida evocación logró, muy espaciadamente, percibir y retomar de nuevo los destellos del pasado lirismo.

Como sencillo (y tardío) homenaje a la memoria del buen poeta pero mejor hombre Carlos Fenoll, trasladaré a este artículo que también lleva su nombre las anotaciones del cuaderno que fue testigo de nuestra charla, una tarde lluviosa de invierno...

Orihuela: primer tercio del siglo XX

Durante la monarquía de Alfonso XIII, en el plano económico dirigen el país oligarquías integradas por la burguesía que ascendió a mediados del XIX, la nobleza, y las clases medias. En todo el primer tercio del siglo XX, se registra un notable auge cultural paralelo a las continuadas huelgas y protestas sociopolíticas, que exteriorizan así la ausencia de verdadera participación popular en la gestión de la cosa pública. Los caciques se entremeten en la política de las ciudades pequeñas hasta el punto de designar a los alcaldes.

Con respecto a Orihuela, Carlos Fenoll me trazó, en informe verbal, su impresión de la localidad durante aquellos años: “La

(3) Recordemos, a este respecto, unas recientes y acertadas palabras: “su invencible desasosiego estético le arrojó al ideal de la aventura existencial y espiritual. Mas, en virtud de esta misma fuerza, la inadecuación entre los planos esenciales —idealismo— y existenciales —realismo— ocasionó su lenta caída por la peligrosa vertiente de lo melancólico, a lo que contribuyó también el golpear de trágicos sucesos: muerte de Ramón Sijé, guerra civil, ausencia de su hermano, muerte de Miguel Hernández...”. En VICENTE RAMOS, *El poeta Carlos Fenoll*, Revista “Instituto de Estudios Alicantinos”, n.º 12, Mayo, 1974, pág. 68.

política nunca fue, más que entonces, tarea de los intrigantesseudopolíticos. El pueblo se acercaba a las urnas pero jamás pudo ganar. Allí se ventilaban turnos "los de arriba" sin apenas otras miras que conseguir el poder. Si a un partido no le rodaban las cosas según sus cálculos, rompía las urnas, las papeletas, y cambiaba su derrota teórica en victoria real. Para trocar su situación se valía del factor dinero, de borrachos y bandoleros a sueldo. Al final, triunfaba siempre el que había empleado la fuerza y el engaño. Los oriolanos, sin embargo, eran bastante conformistas y contemplaban el problema con cierto distanciamiento. La ciudad tenía, naturalmente, sus liberales, sus conservadores, y el clero, cuyos miembros militaban en uno u en otro partido. Durante la juventud de Miguel, se estaba debilitando el ambiente caciquil de la villa y las relaciones entre los diversos estamentos sociales empezaba a fluir. Podías ya pasearte tranquilo por las calles con la seguridad de que los políticos de la clase media no te girarían despectivamente la cara o acelerarían el paso con un pavoneo ofensivo que hubiera provocado duros encuentros en las aceras, aparte los que provocó años atrás".

Miguel y Carlos caminan juntos.

Permítaseme referir aquí la forma como trabó conocimiento Miguel con Carlos, según las inestimables evocaciones de éste: ...Miguel ha regresado, al atardecer, del campo. Deja sus cabritillas en la cuadra, y se dispone ya al diario reparto de la leche. Carlos, a quien aún no conoce sino de vista —recordemos que vivían en la misma calle— distribuye, por las mismas horas, el pan. Miguel sabe, ha oído decir, que su vecino quiere ser poeta. Por eso le aborda... Le comunica que él también escribe en la huerta. Le enseña un cuaderno repleto de versos que pretenden conformarse como pieza dramática (probablemente se trate de "La Gitana"). Carlos le recomienda que no componga teatro, sino que lea y "haga" poemas. A raíz de esta conversación, se verán cotidianamente. Cada día procuran ambos conjugar la ruta respectiva. Hernández golpea una puerta, y hasta que se abre, discute sobre versos y poesía con Carlos. Reemprenden la charla cuando se alejan por la calle hacia un nuevo domicilio. A la mañana siguiente, continuará Miguel apacentando sus cabras en espera del momento de encontrar de nuevo al contertulio ambulante. Carlos Fenoll me confesó: "Yo había escrito unos

pocos poemas, y me consideraba, ingenuo de mí, capaz de aconsejarle”.

Es lógico que Carlos Fenoll pensara así a la vista del Miguel imponente que resultó después . Pero en mi opinión, aquellas vacilantes orientaciones del amigo le infundían toda la confianza, y especialmente el estímulo necesario para prometerse, con más afán de superación si cabe, un durísimo trabajo de aprendizaje. Miguel, bien pertrechado por los consejos de Carlos, se encamina a la huerta donde le aguardan desafiantes los próximos versos, pedernal de manejo difícil que se le resiste hirsuto, pero que cada vez más benévolo le ofrece un flanco desguarnecido por donde colar con fortuna las rimas, mientras otro flanco se cierra como un estuche tras encabritarle las raíces corticales de sus cabellos... Con el testimonio de Fenoll, la suposición de Concha Zardoya según la cual Miguel Hernández está ya ultimando su aprendizaje técnico cuando conoce al poeta-panadero se relativiza un tanto.

Miguel en letras de molde.

Don Luis Almarcha pudo impulsar a Miguel Hernández a que publicara algunos de los versos primerizos que componía, tal como se deduce de los párrafos que siguen: “Le animé a escribir poesías para El Pueblo, semanario oriolano, en el que yo colaboraba.

Allí publicó sus primeras poesías. Conservo las tres primeras firmadas “En la huerta” Pastoril, en 30 de Dicbre. de 1929; “En mi barraquica” en 15 de enero de 1930 y “Marzo viene” en 25 de enero de 1930. Siguió publicando en Pueblo diversas poesías.” (4).

El primer poema de Hernández que ve la luz pública será pues, “Pastoril”, que fechado En la huerta, a 30 de diciembre de 1929, aparece en las páginas de “El Pueblo” de Orihuela, n.º 99, el 13 de enero de 1930.

Carlos Fenoll me describió la anécdota que ambienta la edición de este poema publicado tan en caliente, con tanta proximidad a la fecha de su redacción definitiva. Gracias a sus recuerdos, comprobamos que la primera “salida” de Hernández

(4) En *Apéndice III. Notas sobre Miguel Hernández*, dentro de JUAN CANO BALLESTA, *La poesía de Miguel Hernández*, Ed. Gredos, Madrid, 1971 (2.ª e. aumentada), pág. 330.

en letras de molde la promueven al unísono dos mediadores, Almarcha y Fenoll.

...Un atardecer olecense, Miguel trae asidas con fuerza unas cuartillas. Enseña al panadero los versos que ha escrito recientemente. El amigo lee el poema, baja los ojos y se apresura a buscar al director de "El Pueblo de Orihuela", donde el propio Carlos, y a modo de salutación del nuevo poeta oriolano Miguel Hernández, acaba de publicar "La sonata pastoril". Le encarece que haga aparecer el texto de Miguel, que sale ya impreso en el próximo número.

Miguel torna un día inquieto de la huerta. Viene pensativo, como distante, quizá intuyendo una corona de futuros poemas. Carlos, desde lejos, alza una mano y agita el semanario. El poeta se detiene, parece ingrátido unos segundos, pero enseguida inquiera con sus gestos si aquellos papeles le deparan su mejor sorpresa. Que así es, le grita la llamada febril del compañero. Hernández se dispara como del rayo y arrebatada con impaciencia la publicación de las manos de Carlos. Pero antes de abrir "El Pueblo...", pregunta si su nombre va también... No lee, mira y remira sin sosiego, contempla su nombre y apellido al pie de la composición, y con gran seriedad, sin ironía alguna, palmea a Fenoll para exclamar: ¡Somos grandes! ¡Llegaremos lejos!".

Nota sobre los sonetos dados a Fenoll.

Decíamos anteriormente que Miguel Hernández desaprovechó para "El rayo..." ocho sonetos, que entregaría a Carlos Fenoll con el encargo de publicarlos en la revista "Silbo", revista que a la sazón dirigía el poeta-panadero. Decíamos también que las vicisitudes bélicas de nuestra patria impidieron tal edición.

De entre estos sonetos —de valor muy desigual— destacaría como más interesante el que empieza "Dichoso el campesino, que ara y lanza", con arranque parecido al de la oda "Beatus ille...". Hernández, tras alabar la vida bonancible del hombre del campo, quiere contraponer su desesperanza frente a aquella gozosa existencia rústica. Veamos los tercetos:

*Desgraciado de mí, que no me queda
no ya un algo, ni un nada miserable
que en la esperanza porfiar me haga.*

*Desesperada y sin alivio, rueda
esta pena de brote inagotable,
esta vida tristísima de llaga.*

“El rayo que no cesa” es una obra ya muy personal de Miguel Hernández. Sin embargo, existen o persisten los marcados influjos de autores clásicos (y en menor escala de contemporáneos), a los que el poeta integra perfectamente y refunde a su estro propio. La huella de Garcilaso y del Lope lírico se percibe, al decir de Torrente Ballester, no en unas formulaciones versales y lingüísticas concretas, sino en el aire o tonalidad que impregna el libro. El sello de Góngora resulta ya muy esporádico. En el soneto que empieza “Por desplumar arcángeles glaciales” hay por ejemplo un verso a lo Góngora:

la nevada lillial de esbeltos dientes

pero, por lo común, el poeta entiendo que pretendió en esta etapa despojarse del lastre gongorino. Precisamente uno de los sonetos desechados para “El reyo...”, el que comienza “Sólo faltaba el aire de este día”, Hernández creo que pudo rechazarlo, entre otros motivos, por el vocabulario culteranista de algunas líneas. El primer cuarteto acaba con el endecasílabo:

casi argentado y casi en la agonía.

El segundo cuarteto principia con estos dos versos:

*Lo ha desplegado en paz y en armonía
el plumaje de un lilio sobre el suelo,*

El segundo terceto, última estrofa de la composición, dice:

*sólo falta que vengas a mi huerto
y digas: ¡lilio!, amor, para en el acto
ser toda la creación lillial de pura.*